



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9719

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

JUEVES 29 DE MARZO DE 1934.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTAS Y JARDINES

Gran surtido en herramienta agrícola

arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, legones, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crooks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL.—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

DESDE MADRID

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.

Muy señor mío: En seis años que hace que mando cartas a los periódicos de España y América, he escrito mucho para ustedes, permitárame que escriba hoy algo para mí.

Acabo de ver espirar a mi hijo mayor cuando todavía no había cumplido 28 años, cuando la vida le sonreía y estaba adornado de todas aquellas cualidades, que los padres ven siempre en sus hijos, y que en el mío tenían que ver hasta los extraños; tan ciertas y tan relevantes eran.

La religión consuela con la dicha de la otra vida: la fe permite hasta salvar el alma del ser querido muerto, por las oraciones de los que quieren y le sobreviven; el materialismo, viéndolo en la vida una secreción de la materia y en el cadáver nada, también pueden servir de lenitivo al sentimiento; y sin embargo, y a pesar de la religión y de la filosofía y de la materia; al separarse para siempre de un hijo de 28 años, hay algo que no es nada, y que amarga la vida para siempre.

La pena que hoy me embarga, que oscurece mi inteligencia, que destruye mi ser y que me escalofría este cuerpo miserable, que come y duerme—mientras aquí hijo se queda allí en el cementerio, tan solo como Becquer decía, que se quedan los muertos—solo es comparable con el placer que sentí el día que nació, hace 28 años, mi pobre Juan, el primer hijo de mi amor, para quien había soñado un porvenir que la muerte se ha encargado de cortar.

¿Que mis penas no interesan al público? Lo sé, pero también estoy seguro que han de acompañarme en mi dolor los que han perdido hijos, recordando sus duelos, los que los conservan, de terror ante la idea de perderlos.

Hoy acompaño a V. como suplemento literario, un artículo de mi pobre hijo, juzguen por él los lectores de ese periódico, de la inteligencia y del corazón de Juan Valero Martín.

¡Adiós, Juan del alma! Tu madre te lo enseñó y yo lo creo.

¡En el cielo nos veremos!

La política interior no ofrece

grandes novedades. Hasta que las Cortes se reúnan no comenzará lo que las gentes llaman movimiento político, ese movimiento político que a quien principalmente interesa es a los cesantes y a los empleados.

La atención, en lo que al interior se refiere, está reconcentrada en Santander. La nueva explosión del «Machichaco» demuestra una vez más como se hacen las cosas en España, y el interés que las autoridades de Santander y el exministro Puigcerver han tenido por aquella ciudad. Afortunadamente el actual ministro de la Gobernación que es un hombre lleno de actividad y de previsiones se ocupa del asunto, como se ha ocupado de la cuestión sanitaria; no esperando a que el cólera esté encima para tomar precauciones, sino preparando una campaña sanitaria previa.

Los cambios con el extranjero siguen subiendo.

Algo había de tener bueno el alza de los cambios. El comercio español va perdiendo la costumbre de hacer muchos encargos al extranjero.

El aspecto industrial de Madrid que como todos los grandes pueblos aspira a tener vida propia, va aumentando de día en día. Ya contamos con una gran fábrica de tapones de corcho y de contratación de corcho en planchas para el extranjero establecida en Madrid en la calle de la Colegiata núm 11, bajo la razón social Hornillo y Garrido. Pocos sospecharán en España que Madrid cuenta con una fábrica de esta naturaleza, que no solo trabaja para la corte, sino que envía mucho a provincias y cuyos propietarios pueden hacer precios más económicos que en Cataluña y mandar a cuantos se lo pidan catálogos, notas de precios y toda clase de detalles.

Los que fuera de Madrid solo leen periódicos políticos, creen que aquí solo interesa lo que a la política se refiere, y afortunadamente Madrid va cada día, como he dicho muchas veces, teniendo vida propia y aspecto comercial.

Cogíole la gloria de desarrollar el espíritu industrial de Madrid al inolvidable D. Matías López que al frente de la Cámara de Comercio dió los primeros pasos, y cuya memoria tiene que ser siempre respetada entre los hombres que trabajan.

Ocupándome todavía de los asuntos que se refieren al interior, diré a ustedes que es grande la expectación por presenciar el juicio por jurados del crimen de la calle de Carretas. el del célebre José Vazquez Varela de quien se supone que arrojó a su querida por el balcón.

Como en la época moderna los periodistas tomamos derecho para dar nuestra opinión en todo, voy a dar la mía sobre este hecho.

Vazquez Varela ha llegado a ser un personaje célebre en el pueblo de Madrid. Sus juergas, su vida aventurera, el triste proceso de su madre, todo—exagerado por la fantasía popular—lo presenta a los ojos del público como un monstruo.

Yo entiendo que la conducta de

Varela puede dejar mucho que desear respecto a su parte moral, pero entiendo, que esta no es una razón para que Varela haya sido el asesino de su querida, hasta me atrevo a afirmar que, de la misma manera que hay hombres muy malos, pero que ajustan todas sus acciones a la ley y cuyos antecedentes en cualquier proceso vienen a favorecerlos, también los que tienen mala conducta moral se perjudican ante la justicia humana, porque la opinión pública puede influir sobre el jurado. Esto es humano, puede ser hasta justo dentro del derecho constituyente, pero dentro del derecho constituido, dentro de la augusta seriedad de los tribunales me parece un absurdo.

La política extranjera ofrece pocas novedades.

Los últimos telegramas dan por terminada la insurrección del Brasil, que desde que es República ha tenido pocos días de calma.

Los anarquistas se mueven mucho en toda Europa, y aunque llamándose socialistas, preparan un Congreso en Viena, cuya primera sesión se verificó ayer, y cuyas sesiones posteriores entiendo que han de ser muy borrascosas.

La política francesa parece que sigue inspirándose en el deseo de ponerse mal con Europa entera; el exasperado contrabando en el país, hace que idéntica conducta a la que observa con España la observe con todos los países.

El día que las naciones perjudicadas declaren a Francia la guerra comercial, Francia comprenderá lo mal que ha hecho.

Cerrados la mayor parte de los teatros ha principiado el Circo y la compañía italiana de la Comedia; sigue jugándose escandalosamente en los frontones, el tiempo está lluvioso, los valores se sostienen aunque con tendencias a la baja; todavía no es un hecho el viaje del ministro de la Gobernación a Santander; empiezan a llegar a Madrid diputados y senadores, es posible que el ministro de Fomento deje de serlo y pase a otro cargo; la corrida de toros inaugural ha resultado una verdadera novillada; la nota del Foreign-Office de que hablé a Vds. se ha recibido ya en el ministerio de Estado, y dispénsenme si esta carta resulta descosida, porque, por lo que les indicaba al principio, es bien triste el estado de ánimo de su atento afmo.

GARCÍ-FERNÁNDEZ.

BORRACHO DE GLORIA.

Era Alfredo artista, pero un gran artista. Pasaba la vida persiguiendo el ideal de la gloria, como persigue el soldado al claro manantial, sin más norte, sin más deseo, sin más ambición: soñando siempre, y despreciando lo que soñó ayer, tanto como prendado de lo que había de soñar mañana; aborreciendo el pasado por pequeño, transigiendo con el presente gigante de ilusiones, y adorando el porvenir, radiante de gloria, de fama, de inmortalidad.

Tenía el alma de un genio dentro del cuerpo de un cualquiera.

Pasaba las horas emborronando cuartillas con fervorosa y creciente activi-

dad; leía lo escrito, y la ejecución no había secundado al pensamiento.

—Me falta mundo, pensaba; necesito calor, vida, animación, realismo, verdad.

Y como el impaciente público que voca en la plaza: ¡Caballos! ¡Caballos!, le gritaba una voz en el fondo de su alma: ¡Realismo! ¡Realismo! Y allá se iba, envuelto en la capa y llevando un mundo de pensamientos bajo las alas de su hongo descolorido, a pasear su genio por el lupanar, por la taberna y por el garito.

Era Alfredo el hombre que vive en un sueño constante, interminable, enorme, lleno de luz y de encanto, porque amaba tanto la esperanza como desprecia la posesión; el verdadero artista, siempre persiguiendo el ideal de lo hermoso y de lo grande en absoluto, lo infinitamente bello, la meta, el resumen, el punto culminante de una quimera magnífica que le arrulló en la cuna y le envolverá en el sepulcro.

El poema tranquilo, de tintas suaves y matizados colores, no sació jamás aquella imaginación exaltada y vehemente; el amor de madre, la pasión de la esposa casta y el beso dulcísimo del hijo, producían en su alma el mismo efecto que en su rostro el soplo embalsamado del aura tibia en una primavera perfumada; y en el drama terrible del vicio, en la ensangrentada tragedia de la taberna ó en la repugnante escuela del presidio, procura busear las formas accidentadas y los colores fuertes que se reflejaban en su alma, con más perfección quizá, porque eran más con-
querer.

Si a los veinte años se le hubiera preguntado: ¿Qué eres? ¿Qué piensas? ¿Qué sientes? posiblemente hubiera contestado:

—No sé, no me he definido aún; pero soy algo.

Y realmente no era vano arranque de una pretensión soberbia é infundada; Alfredo sentía dentro de sí el germen de lo grande, escuchaba una voz incesante, enérgica, imperiosa, que le gritaba siempre: ¡adelante! ¡adelante! Y él obedecía con la fe del guerrero que se arroja en medio del combate alzando orgulloso entre sus manos la gloriosa bandera por la que sacrificaría con gusto la existencia.

Al saludar la vida, cuando los demás hombres se presentan en el palenque del mundo con rodela de ilusiones y lanzas de esperanzas, venía Alfredo a la lucha con armas de escepticismo; la moderna filosofía, con la que, por especiales circunstancias, había en su infancia sustituido a las plegarias, se encargó de borrar en su corazón la idea de otro Dios que no fuera la Naturaleza misma, y su precocidad en sentir le hizo conocer el desengaño antes de tiempo, matando así, y de un solo golpe, las ilusiones en su corazón y la fe en su alma.

Por eso precisamente se aferró con más entusiasmo que ningún otro a ese ideal desconocido de lo grande; por eso sentía su ser esa ansia indefinible de lo desconocido; algo así como si pretendiera sustituir al Dios de los altares con el Dios de la gloria, y al amor humano con el amor de sus propias quimeras, que le arrullaban suavemente, que le acariciaban, que le besaban en la frente como coro amenísimo de vírgenes, refrescando las quemaduras que la filosofía imprimió en su alma y restañado las heridas que los desengaños abrieran en su corazón.

Considerar la humanidad arrastrándose contrita a los pies de una cruz, ó en continua lucha con pasiones carnicas y miserables, le producía carcajadas de lástima, que quizá procura-

ba lanzar con fuerza para disimular una sonrisa de envidia que germinaba en lo más profundo de su ser, al considerar que él era incapaz de sentir lo mismo; aunque fuera mucho más pequeño, era mucho más consolador que aquella eterna peregrinación de su alma en busca de lo desconocido. Y para convencerse a sí mismo, y para desechas estas ideas, revolvía con delicia el fango más hediondo y corrompido, examinaba con refinada voluptuosidad las llagas pestíferas del vicio y se encenagaba en la atmósfera viciada del crimen para fotografiarlo, para darle los tonos repugnantes de la realidad y enseñar después su obra, diciendo al mismo tiempo:

—¡Inbéciles, mirad vuestras propias monstruosidades y aplaudirme, porque os las enseño, contribuyendo con vuestra admiración a colocarme en el lugar que ansio.

Pero aquí revolver inmundicias, no le ponía en posesión de su más querida ilusión, de su deseo más ardiente; sobre aquellos elementos era muy difícil cimentar la gran verdad, la belleza de las bellezas, lo perfecto entre lo perfecto, aquel sueño de toda su vida, que le acariciaba como célica doncella, la obra que había de inmortalizarla.

Su propio ser era incomprendible: la humanidad demasiado lefectuosa, la naturaleza demasiado grande para estudiarla por completo, a los treinta años, como a los veinte, volvía a sentir la misma voz: ¡adelante! ¡adelante!

—Es que aún no he estudiado lo suficiente, pensaba; necesito luz, colores, vida. ¡Realismo! ¡Más realismo!... denueño, con entusiasmo, con la misma fe que cuando emborronó la primera cuartilla.

Los años no menguaban el ardor de aquella pasión titánica por la gloria; cada nuevo esfuerzo, al empezar a iniciarse en su mente, era cuerno de la abundancia que derramaba en su espíritu ilusiones y esperanzas que se reproducían con la actividad incansable del microbio, durante el período que duraba el desarrollo del esfuerzo mismo; al sentarse frente al abultado montón de cuartillas en blanco, al estampar en torcidos garrapatos las ideas luminosas de su cerebro, veía ya realizada su grande obra, los volúmenes perfectamente encuadrados y una muchedumbre entusiasta que le arrebatara el libro de las manos, que le aplaudía con estrépito y le aclamaba con delirio.

Crecía su actividad a medida que adelantaba en su obra; ya terminó la exposición: es clara, concisa, bien delineada, perfectamente planteados los términos del problema; ya se enfrasca, y se agitan en su mente cien ideas. Está terminando la gran obra; comienza el desenlace: el epílogo—piensa—es preciso que sea interesante, muy interesante la resolución del gran problema; pero con tintas marcadas, con colores muy oscuros sobre un fondo blanco, que resalte, que sea irrefutable, que lo vean hasta los ciegos... Por fin, he aquí mi obra, mi trabajo inmortal, la última palabra de la filosofía dentro de un molde magnífico de la literatura; a leerlo todo, vamos a ver...

Y el buen Alfredo caía un momento en la postración del desencanto; hay algo—continuaba—hay algo de lo que he querido decir, pero le falta mucho, muchísimo; mi obra está en embrión, aunque principia a ser como yo quiero que sea: más luz, más luz, la realidad, la eterna realidad; dónde buscarla, dónde hallarla?

—¡adelante! ¡adelante!, le gritaba la misma voz. Constancia; el mundo no se ha concluido todavía, aun se arrastra sobre la epidermis del planeta ese batallón de gusanillos que se llama humani-